

LOS ARGENSOLA EN ITALIA

María Teresa CACHO*

RESUMEN.— No se puede crear un tejido sobre la vida de los Argensola en Italia, pues nos falta la urdimbre de datos que se perdieron durante la última guerra mundial. Aun así, gracias a las noticias que ellos mismos dieron en sus cartas, y muy especialmente a través de la correspondencia de los eruditos napolitanos y las noticias que estos dieron en las obras, tanto en latín como en italiano o español, publicadas en el primer cuarto del siglo XVII en las prensas de Nápoles, podemos comprobar la gran influencia que ejercieron, especialmente en la Accademia degli Oziosi. También es patente su intervención en la política cultural del virrey, don Pedro de Castro, conde de Lemos, tanto en esta misma academia como en los escritos emanados de palacio y en las fiestas públicas y privadas de la época de su virreinato. Su cercanía al virrey y a su hermano, el embajador ante el papa, fue determinante para la obtención de numerosos cargos.

ABSTRACT.— It is impossible to weave a fabric of the lives of the Argensolas in Italia, as the warp of data that were lost during the last world war are missing. Even so, thanks to the news that they themselves provided in their letters, and most especially through the correspondence of the Neapolitan scholars and the news that they gave in the work, both in Latin and in Italian or Spanish, published during the first quarter of the 17th century in the presses of Naples, we can observe the considerable influence they exerted,

* Universidad de Zaragoza.

especially in the Accademia degli Oziosi. Their intervention in the cultural policy of the viceroy, Pedro de Castro, count of Lemos, is also clear, both in the actual academy and in the documents emanating from the palace and in the public and private parties of his vicerealty. Their closeness to the viceroy and to his brother, the ambassador to the pope, was decisive in obtaining many posts.

No existe una urdimbre sobre la que tejer la vida de los Argensola en Italia. Solo tenemos noticias sueltas de muy distintas procedencias: la epistolar, a través de sus cartas y las del conde de Lemos desde Nápoles, así como las escritas por sus colegas académicos napolitanos, y los manuscritos de Andrés de Uztarroz. Desgraciadamente, pocos documentos quedan en Nápoles del periodo del virreinato de Lemos. Ni siquiera existen ya algunos de los citados por Otis H. Green, puesto que durante la guerra mundial el Archivo Grande fue bombardeado y los documentos virreinales, que se llevaron entonces al palacio real, sufrieron un incendio provocado, de forma que del periodo de 1610 a 1616 hay únicamente seis (grandes) paquetes de documentos. Afortunadamente, existen estudios recientes que nos ofrecen algún dato nuevo: el libro de Encarna Sánchez sobre las prensas napolitanas¹ o el estudio sobre la Academia de los Ociosos de Girolamo De Miranda,² quien ha rastreado todos los documentos sobre esta institución. El único problema es que los investigadores italianos de la Academia se interesan especialmente en resaltar la fundación y la presencia napolitana, y dedican muy escaso espacio a la labor de los españoles.

Por el contrario, los estudios modernos sobre los hermanos Argensola, los pocos que hablan de su estancia en Italia, suelen repetir las noticias que dio en sus artículos Otis H. Green.³ Por lo tanto no es, como ya he señalado, un tejido lo que puedo ofrecer, y espero poder presentar al menos un *patchwork* con un dibujo coherente.

Pero antes de entrar en materia y de presentar las actividades de los Argensola en Italia quiero comentar algunos interrogantes que se me han planteado, pues lo pri-

¹ Encarnación SÁNCHEZ GARCÍA, *Imprenta y cultura en la Nápoles virreinal: los signos de la presencia española*, Florencia, Alinea, 2007.

² Girolamo DE MIRANDA, *Una quiete operosa: forma e pratiche dell'Accademia degli Oziosi (1611-1646)*, Nápoles, Ferrediciana Editrice Universitaria, 2000.

³ Otis H. GREEN, "The literary court of the Conde de Lemos at Naples (1610-1616)", *Hispanic Review*, 1 (1933), pp. 290-308, y "Bartolomé Leonardo de Argensola y el Reino de Aragón", *Archivo de Filología Aragonesa*, IV (1952), pp. 7-112.

mero que llama la atención cuando se contemplan juntos todos los documentos que se pueden reunir hoy en día sobre la actividad de los dos hermanos en su etapa italiana es la aparente falta de base de algunas de las afirmaciones que se vienen repitiendo desde el siglo pasado, lo que me obliga, ante todo, a cuestionar (o a puntualizar al menos) algunas de ellas.

Como se sabe, surgen las polémicas ya antes del nombramiento del conde de Lemos, don Pedro de Castro, como virrey de Nápoles. A la muerte del secretario del Conde, el poeta Ramírez de Arellano, don Pedro eligió a Lupercio Leonardo para sustituirlo. Es muy conocida la epístola a su mecenas, el secretario de Guerra Ibarra, de Diego de Amburcena, quien esperaba ser nombrado para este cargo. En esta carta comenta su desilusión al ver que el puesto al que aspiraba estaba ya cubierto y se explaya burlándose de la afición del conde por la poesía... y por los secretarios poetas.⁴

De esta epístola destacaré algunas cosas. La primera: Amburcena escribe que el conde ha contestado a quienes han ido a solicitar el puesto para él que ha escrito a

Lupercio Leonardo de Argensola pidiéndole venga a ocupar esta plaza, porque ha años que lo desea ver en ella y en su compañía, y que pensaba traer también a la misma al Rector de Villahermosa, su hermano, ambos amigos suyos, a quienes ha tratado y comunicado como tales, que por serlo y muy ricos y acomodados en Zaragoza, su patria, no sabía si querrían descender a título y ejercicio de criados.⁵

Entonces les promete que, si Lupercio no acepta el cargo, será para Amburcena, pero, desgraciadamente para él, Lupercio lo acepta, aunque realmente lo de *criados* es una exageración. Lupercio había sido secretario imperial, se relacionaba con lo más granado de la corte y su puesto en Nápoles fue el de secretario de Estado y Guerra, uno de los puestos más importante de la Administración española. Además, en la documentación que queda en Nápoles se puede comprobar, como veremos, que Lupercio tenía en este cargo una gran autonomía.

También es común en la bibliografía actual presentar a Bartolomé en el viaje a Italia como un mero acompañante de su hermano, para ayudarle en sus tareas. Nada

⁴ Diego de AMBURCENA, *Carta para Esteban de Ibarra, que haya gloria, de los Consejos de Guerra y Hacienda, escrita en Madrid a 21 de agosto de 1608*, en Antonio PAZ Y MELIÁ, *Sales españolas o agudezas del ingenio nacional*, Madrid, Atlas ("BAE", 176), 1964, pp. 141.

⁵ *Ibidem*, p. 142.

más lejos de la realidad, pues la relación de Bartolomé con los Lemos era estrechísima y venía de antiguo. No son solo las palabras del conde repetidas en la citada carta las que nos hacen saber de esta relación. Era también muy amigo de don Francisco, el hermano segundo de don Pedro, al que ya había escrito un poema con motivo de la muerte del hermano pequeño, Fernando, y en la correspondencia entre ambos hermanos se demuestra que con Bartolomé les unía una inquebrantable amistad que la diferencia social no modificó nunca. Bartolomé fue secretario de cartas latinas de Lemos y redactaba las más delicadas. Por lo que he podido comprobar, estuvo junto al virrey como un amigo, un consejero moral y literario, y fue una figura imprescindible en la organización de los eventos culturales y clave para la unión con los literatos napolitanos.

“El conde, mi señor, se fue a Nápoles”, reza el conocido soneto satírico de Góngora. Se ha escrito mucho sobre la “corte literaria” que pretendió llevar don Pedro de Castro a Nápoles y el papel de los Argensola en este asunto. “The literary court of the Conde de Lemos at Naples” tituló Otis H. Green el artículo que, como he dicho, ha servido de fuente a todos los investigadores posteriores. Y aquí es donde hay que hacer la puntualización más importante, porque es el caso que no he encontrado un solo documento que explicita la intención del conde de ir a Nápoles acompañado de una brillante corte literaria. En realidad, por lo único que brilla allí esta corte es por su ausencia pública. Si esa era su intención, no me parece posible que dejara en manos de nadie, ni de los Argensola, por mucho que los apreciara, una elección tan importante.

Yo sospecho que Lemos, por el contrario, estaba muy lejos de querer llevar un cortejo con lo más granado de la creación literaria española de aquellos momentos. Conocía muy bien Nápoles, pues su padre había sido allí virrey hasta su muerte, en 1601 y su hermano don Francisco lo había sustituido por un tiempo en el cargo. Durante sus estancias en Nápoles don Pedro se relacionó con los intelectuales napolitanos, como Giulio Cesare Capaccio, a quien don Francisco nombró secretario de la ciudad, y con todos los poetas, especialmente latinos, que honraron las exequias de su padre. Igualmente, allí tomó conciencia de la separación cultural entre napolitanos y españoles. Uno de los grandes intereses durante su virreinato fue la conciliación entre ambas comunidades, y dio siempre relevancia a los escritores italianos, a los que protegió y benefició. No es lógico que tuviera la intención de llevar a Nápoles una corte literaria rival del grupo intelectual napolitano.

Los investigadores han especulado mucho sobre la selección de los literatos acompañantes. Todos recogen las protestas contra los Argensola de los que aspiraban

a ser elegidos, como Cristóbal Suárez de Figueroa, Cristóbal de Mesa o Miguel de Cervantes, que se queja de ellos en su *Parnaso*:

Pues si alguna promesa se cumpliera
de aquellas muchas que al partir me hicieron,
lléveme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
mas podía ser que ocupaciones nuevas
les obligue a olvidar lo que dijeron.

Y dice también: “Tienen la memoria, como la vista, corta”.⁶ Los cervantistas han sido precisamente los “culpables”, en mayor medida, de difundir la idea de que el conde había dejado esta elección al arbitrio de los Argensola.

Es natural que, en un momento en el que la búsqueda de mecenazgo ocupaba gran parte del tiempo de los literatos, el anuncio de la marcha del conde, poeta y aficionado a las musas, abriera las esperanzas de gran número de ellos. Debían de tener en la mente el dicho de los soldados: “España, mi natura; Italia, mi ventura”. En Italia, donde tanto español encontró su ventura, esperaban obtener con la mayor cercanía a don Pedro el beneficio de su mecenazgo, y era más político culpar de no haber sido elegidos a los Argensola que al propio conde.

Algunos de estos investigadores, empezando por Green, basándose siempre en estas quejas de los rechazados, han comentado que la selección de los Argensola dejaba fuera, a propósito, a los poetas que pudieran hacerles sombra. Tal vez sería lógico pensarlo, si no fuera por tres razones importantes.

⁶ Miguel de CERVANTES, *Viaje del Parnaso*, cap. 3, vv. 185-189 y 179-180. Cito por la edición de Florencio Sevilla, Madrid, Castalia, 2000. Cristóbal SUÁREZ DE FIGUEROA dice en *El pasajero*: “Impidiome la entrada un eclesiástico a quien entregué la obra dirigida. Dificultome tanto la audiencia, por las muchas ocupaciones, que resolvió mi cólera no esperarla. Valime también de un médico que dio muerte, en vez de salud, a mi esperanza. Hallé tan sitiado al Conde de ingeniosos que le juzgué por inaccesible, como si no tuviese por costumbre el sol dar luz a muchos ingenios”. Cito por la edición de María Isabel López Bascañana, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, pp. 547-549. En cuanto a Cristóbal de MESA, dice en su *Rimas*, donde hay seis poemas dedicados al conde de Lemos: “Otros en amistad no tan fieles / de vuestro claro sol cubren la lumbre”. Tras señalar el dudoso nacimiento de los Argensola, que eran un filtro envidioso para los hombres de valía como él, señala: “De algunos españoles hacéis caso / que en Italia veréis por experiencia / que a la falda no llegan del Parnaso”. Cito por la edición de Ricardo Senabre, Diputación de Badajoz, 1991, ff. 152v-155v y p. 12.

En primer lugar, no creo que sea adecuado juzgar la consideración en la que eran tenidos los escritores en aquella época con los criterios actuales. Si bien hoy en día la fama universal de Cervantes no se puede comparar con la escasa y oscuridad de los Argensola, en aquel momento estos estaban considerados como los más insignes poetas, a pesar de no haber publicado sus obras, y su magisterio era seguido por gran parte de la alta nobleza, con la que tuvieron estrechísimas relaciones, mientras que a Cervantes se le consideraba únicamente como un buen escritor, uno más entre los que buscaban afanosamente un mecenas. La fama literaria que tenían en ese momento los otros dos poetas tampoco era comparable con la de los Argensola.

La segunda razón es que ninguno de los dos hermanos se aprovechó de su cercanía al virrey para lograr la fama poética. Ninguno de los dos publicó un solo poema durante su estancia italiana, y, como veremos, Bartolomé incluso retiró de las publicaciones oficiales los poemas dedicados a él.

La tercera es que al parecer fue Lemos quien tomó parte activa en esta selección. Por ejemplo, no sé hasta qué punto los Argensola conocían a Barrionuevo, pero otra de las citas que quería destacar de la carta de Amburcena es una anécdota que habla de este autor y que demuestra precisamente su familiaridad con el conde. Cuenta que un día, cuando Barrionuevo estaba en la antesala del Consejo de Indias, se le acercó don Pedro y le preguntó en broma si había venido a pretender un cargo. Barrionuevo, sorprendido porque no pensaba en ello, le contestó de repente: “Teniendo vuestro favor, pretenderé garamindias y aun otra cosa mayor”. Entonces, sigue diciendo el escritor,

Su Excelencia soltó la risa, tapola de presto con uno de los memoriales que tenía en la mano y entrose corriendo en su camarín, dejando al resto de la audiencia y a Barrionuevo mirándose, riéndose y aun admirándose unos con otros. Y así, de tales ensayos y de los que V. S. sabe, hizo en Lerma festejando a Sus Majestades con entremeses y academias de versos de repente.⁷

Amburcena continúa subrayando el gusto del conde por las bromas y los repentistas, y dice que también había elegido ya a Laredo (“Y ahora acabo de entender que

⁷ Diego de AMBURCENA, *óp. cit.*, pp. 146-147.

lleva asimismo [...] a Antonio de Laredo Coronas, natural de fértil vena, alimentada con la espuma del Pegaso”) y que los Argensola buscan otros “a propósito”.

Pero ¿qué es este “a propósito”? Conocemos, ya no solo por Amburcena, sino por las propias cartas de Lemos, su gusto por las cosas “de burlas provocantes a risa”. Dice así en una carta a su hermano: “En tanto paso de largo a la Carta del presidente ínterin, terín, terín, terírrín y terintiterrín. ¡Qué profundo mentecato!”. Y también por lo escatológico. Dice así en otra: “La carta del Cardenal para el Vicario viene tan llena de mierda y tan confusa que yo pensé que se había cagado Pilatos”. A su hermano le llama cariñosamente “hideputa, bellaco”, etcétera.⁸ Creo que se buscaban autores “a propósito” para la diversión del conde, el entretenimiento privado, para los momentos de ocio, y don Pedro había elegido personalmente a un escritor de comedias que ya había estado a su servicio, Mira de Amescua, a un entremesista ingenioso, al que hemos visto que conocía bien, Barrionuevo, y a otros dos repentistas divertidos: Laredo (como hemos visto, elegido por Lemos) y Ortigosa.

Por estas tres razones y por el claro mecenazgo de don Pedro hacia los literatos napolitanos, estoy convencida de que la idea de esa “corte literaria” no tiene ningún fundamento. Volveremos a este punto al final.

Los Argensola llegaron a Nápoles, acompañando al conde de Lemos, en junio de 1610, y las actividades de los dos hermanos tomaron caminos diferentes. Lupercio se hizo cargo enseguida de la Secretaría de Estado y Guerra, en la que había un trabajo impresionante. He podido comprobar que cada día se recibía una multitud de peticiones de todo tipo; llegaban también informes de la corte, del agente y del embajador desde Roma, y había que redactar una infinidad de papeles.⁹

Los primeros meses, en el trabajo de la secretaría le ayudaba su hijo Gabriel, quien firmaba el reenvío de aquellas peticiones que necesitaban el parecer de algún otro

⁸ Citados por Morgane KAPPÈS, *Le mécénat littéraire du septième Compte de Lemos (1576-1622)*, tesis doctoral, París, Université de Paris III – Sorbonne Nouvelle, 2004, p. 43; Encarnación SÁNCHEZ GARCÍA, *op. cit.*, p. 119; Antonio PAZ Y MELIÁ, “Correspondencia del conde de Lemos con don Francisco de Castro, su hermano, y con el príncipe de Esquilache (1613-1620)”, *Bulletin Hispanique*, v (1903), pp. 253-255.

⁹ Lupercio se tenía que encargar de toda la economía de los castillos y cuarteles del Reino, de mandar copias de las cartas de la corte a cinco lugares diferentes (aunque de esta tarea se encargaba su secretario, Ameteano) e incluso de pedir piñatas de tinta y borrachas de vitriolo para elaborarla. Es interesante ver su afán por cambiar los cifrados: “Estas cifras dan mucho que reír a todo el mundo. Yo no puedo creer que el conde mi señor las apruebe y los srs. quando las ven no quieren firmar” (30 de agosto de 1612).

personaje, pero pronto debió de recibir otro cargo, puesto que ya desde 1611 no aparece su firma hasta después de la muerte de su padre, a quien sustituyó en la Secretaría. No se conserva actualmente ninguno de los documentos latinos firmados por Bartolomé que pudo ver Otis H. Green.

Como he señalado, parece que Lupercio tuvo una gran autonomía a la hora de conceder o negar las peticiones normales (son frecuentes los escritos que señalan “Páguese” o “Páguese luego”) e incluso las urgentes (“Para luego luego”). Era él quien redactaba también las cartas más delicadas. Como curiosidad destaco un asunto que provoca varios de los borradores.

En Nápoles era famosa la caballeriza real, compuesta de caballos de una magnífica raza autóctona, y había una ley que prohibía la exportación de ejemplares de esta raza fuera del Reino, pero los grandes señores italianos anhelaban poseer alguno. Se conservan las cartas a Lemos en las que los soberanos de Módena, Parma o Turín pedían permiso para sacar los caballos que habían comprado sus agentes. Incluso el Farnese le pide que le venda alguno de la caballeriza real. Los borradores de Lupercio son un modelo perfecto de cómo denegar una petición sin ofender al peticionario. En uno de los casos, el Saboya, que había comprado doce caballos, pedía su exportación; él contestó que se otorgaba, como algo extraordinario por ser familiar del rey de España, que se incumpliera la ley, y se le permitía que se llevara cuatro.¹⁰

Es el sistema que sigue también con alguna de las generosas donaciones del virrey a los literatos italianos. Por ejemplo, el 4 de enero de 1612 Giulio Cesare Capacchio le escribe reclamando 500 ducados que le había prometido el conde. “Hora —le dice— il negocio è in mano di Vostra Signoria”. Una semana más tarde Lupercio manda a la Secretaría de Hacienda que se le paguen... 400.¹¹

Una de las cartas más curiosas de las conservadas aún en el Archivo es la de 1612 en la que don Fernando de Andrade, agente en Roma del Reino de Nápoles, habla de la estancia de Roque Guinart y del miedo que tuvo en un viaje a España de encontrarlo por los caminos. (Aunque el bandolero sí se encontró con Don Quijote, como cuenta Cervantes tres años más tarde):

¹⁰ Archivio di Stato di Napoli, Viglietti originali, Segreteria del Viceré, cartella n° 4.

¹¹ *Ibidem*, cartella n° 5.

Acá llegó Roque Guinart y prometo a V. E. que me holgué de velle, ya que no le encontré en el camino que ahora [ha] años hube a España, que no me llevó en él con poco miedo más de dos jornadas. Se ha tratado tanto de devoción estos días que se ha detenido aquí que nos deja edificados a todos.¹²

Tampoco en Nápoles olvidaron los Argensola su patria chica. La única carta que se conserva allí de Bartolomé es una a su hermano en la que recomendaba la petición del aragonés Bernardo Salillas, mientras que por su parte Lupercio escribía al marqués de Carleto pidiéndole un pasaporte para el aragonés Guzmán Gracián.¹³

Es interesante constatar que Lupercio no usó nunca en los papeles de la Secretaría de Nápoles el apellido *Argensola*, que solo aparece en el túmulo de sus funerales, sino únicamente el de *Leonardo*. Tal vez este hecho tenga también algo que ver con el afán italianizante del conde.

A los empeñativos trabajos de la Secretaria de Estado hay que añadir los estudios que estaba comprometido a hacer para la Diputación de Aragón, pues había sido nombrado cronista del Reino en 1607. En su solicitud del permiso para abandonar España y acompañar al conde, Lupercio adujo que en Italia tendría mejores oportunidades para poder escribir la historia de Carlos V. En una carta de 1612 decía que este texto estaba ya muy avanzado, pues había encontrado, como esperaba, mucha documentación, incluso a un testigo de los encuentros del papa con el emperador. También pedía que le permitieran escribir la historia de Aragón desde “antes de la pérdida de España”, y solicitaba la prórroga del permiso de estancia en Italia.¹⁴

Además, en Nápoles trabajó con las notas descriptivas para el mapa de Aragón de Labaña, con la topografía en latín y en romance. Él mismo se quejará de sus agobiantes trabajos en una carta del 8 de septiembre de 1611 al justicia de Aragón, también muy conocida:

¹² *Ibidem*. He modernizado en la cita la ortografía y la puntuación.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Juan Francisco ANDRÉS DE UZTARROZ, *Elogios de los cronistas de Aragón*, Biblioteca de la Real Academia de la Historia, ms. 9-547 (H 24), t. II, f. 55r. Tanto Miguel MIR (*Bartolomé Leonardo de Argensola*, Zaragoza, Imprenta del Hospicio Provincial, 1891) como Juan Antonio PELLICER (“Noticias sobre los Argensola”, en *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*, Madrid, Antonio de Sancha, 1728) toman sus datos de este manuscrito, aunque el segundo no lo cita.

no vivo en Nápoles, sino en mis aposentos. No como sino a medio día, acuéstome a las onze, despierto antes de las quatro, y hasta las seis soy absolutamente mío, porque entonces callan mis aposentos, en todo lo demás del día son campo de batalla; estas dos horas de silencio las ocupo en la Historia.¹⁵

Como señala Uztarroz, al fallecer de Lupercio también lo hicieron “las esperanzas que de su grande estudio, claridad, ingenio y diligencia se podía prometer”.¹⁶ Los estudios de Lupercio se perdieron, y todavía en enero de 1614 los diputados escribían a su hijo Gabriel para que les enviase los papeles de su padre que le habían solicitado ya en diversas ocasiones, esta vez de una forma no muy cortés.¹⁷ Uztarroz dice que vio algunos fragmentos autógrafos en manos de su nieto Miguel Leonardo.¹⁸

No me detengo en su labor de estos años como cronista, pues compete a la tarea del profesor Colás Latorre. Sí, en cambio, deberé hacerlo en otra de las actividades de Lupercio en Nápoles: su pertenencia a la *Accademia degli Oziosi*.

El virrey don Pedro de Toledo había prohibido las academias durante su gobierno, pues consideraba que eran lugares donde los nobles napolitanos de mayor rango se reunían para conspirar. Cuando llegó Lemos a Nápoles, el marqués Giovan Battista Manso fue a solicitarle permiso para la fundación de una academia y le ofreció el título de príncipe de ella. Lemos vio aquí la ocasión esperada para la comunicación cultural entre españoles y napolitanos, teniendo en cuenta además que entre los fundadores había personajes de muy variada extracción social: nobles de distintas categorías, literatos, eruditos, hombres de Iglesia, etcétera. No aceptó el cargo de príncipe, que recayó en el mismo Manso, pero tuvo siempre una intervención directísima. Él fue quien dio a la Academia sus estatutos, que recogen algunas normas provenientes de la Universidad de Salamanca, y en su confección tuvo una parte decisiva Lupercio Leonardo, pues parecen seguir al pie de la letra las normas que ya había dictado para la

¹⁵ Conde de la VIÑAZA, *Los cronistas de Aragón*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1904, p. 82, apéndice 121. Otras cartas desde Nápoles se encuentran en LEONARDO DE ARGENSOLA, Lupercio y Bartolomé (1889), *Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas e ilustradas por el conde de la Viñaza*, 2 vols., Madrid, M. Tello.

¹⁶ Juan Francisco ANDRÉS DE UZTARROZ, ms. cit., f. 55v.

¹⁷ Real Academia de la Historia, ms. 9-548 (H 25), f. 131r. Le dicen que ya han solicitado estos papeles en varias ocasiones y que “es bien de creer de su cristiandad que, llevando salario como llevaba, y por esto que hubo intento y voluntad de que se entregasen al reyno, como lo hizieron sus predecesores”.

¹⁸ Juan Francisco ANDRÉS DE UZTARROZ, ms. cit., f. 55v.

Academia zaragozana.¹⁹ Al Palacio Real se enviaban las poesías, de forma anónima, para que se seleccionaran las que se habían de leer en las sesiones.

La Academia se fundó oficialmente el 3 de mayo de 1611 en el claustro de Santa Maria delle Grazie con el lema “Non Pigra quies”. Para mayor información sobre ella remito al citado libro de De Miranda, que me ha acompañado como lazarillo por el laberinto de los archivos napolitanos. El problema con el que se encuentran los investigadores es que se han perdido los diarios de sesiones y solo se puede reconstruir su actividad de forma fragmentaria, principalmente a través de las epístolas y los libros publicados por los ociosos.

Por ejemplo, Giovanni Pietro D’Alessandro en su *Academia ociosorum libri tre* habla de la fundación y del conde, explica el funcionamiento de las sesiones, da el elenco de los primeros ociosos y señala que están unidos en versos latinos por deseo del virrey.²⁰ La Academia debía ser el lugar de unión cultural entre italianos y españoles, al igual que entre la aristocracia y los eruditos, con el propósito declarado de predicar la concordia y la paz. Todos los estudiosos italianos destacan por otra parte el interés de Lemos por una Academia burocratizada, muy reglada y muy religiosa. Gran parte de la labor ociosa fue con motivo de fiestas religiosas: Santo Tomás de Aquino (su santo patrón), San Juan Bautista (patrón de la ciudad), Santa Teresa, San Luis Beltrán, etcétera. Se celebraba especialmente la fiesta de Santiago, “protector del sacro ibero”, como dice Giovan Battista Basile.²¹

En cuanto al funcionamiento de la Academia, según el libro de D’Alessandro, era el siguiente: se reunían los jueves a las ocho y la sesión se dividía en dos partes, una dedicada a la oratoria y a las discusiones sobre los problemas que se planteaban con antelación, y la otra, a la poesía.

En la primera, una lección u oración que se encargaba por parte del príncipe a uno de los académicos era recitada de memoria, casi siempre en latín, aunque también parece que se utilizaban el italiano y el castellano. El argumento era muy variado. A veces la sesión era dialéctica si se confrontaban dos ideas. Entonces se

¹⁹ Biblioteca Nacional de España, ms. 8755, ff. 135r-146v. Una de las primeras cosas que señala es que “hay que huir de la ociosidad”.

²⁰ Giovanni Pietro D’ALESSANDRO, *Academiae Ociosorum libri tres*, Nápoles, G. Gargano y C. Nucci, 1613.

²¹ Giovan Battista BASILE, *Madrigali e ode*, Mantua, Osanna, 1613.

establecía un debate entre dos miembros. En *Sogno*, la obra poética de uno de los ociosos, Di Gregorio, se representa a la entera Academia debatiendo sobre la supremacía de la poesía sobre la oratoria bajo la dirección de Giulio Cesare Capaccio y Tiberio Caraffa.²²

En la segunda parte se leían al menos tres composiciones poéticas anónimas (que se entregaban en palacio tres semanas antes). Venía luego la censura y las defensas y las votaciones. Al final de la sesión, otra media hora se dedicaba a empresas, aprobación de nuevos miembros, etcétera.

El secretario de la Academia, Francesco di Pietri, escribió *Problemi accademici*, un libro que, como indica su título, recoge problemas académicos planteados, más de un centenar.²³ Estos son de todo tipo: qué es el pomo de Adán; qué órgano tiene mayor potencia, el ojo o el oído; por qué el verde significa esperanza... Pero yo quiero destacar aquellos en los que Lupercio y Bartolomé podían estar especialmente interesados, ya que tratan del arte poética, y vemos que hay en la Academia cierto debate entre el clasicismo y los nuevos modos barrocos. Así el problema XXIV, “Se il furor poetico sia parte costitutiva del poeta”, con la significativa convergencia del furor en la aplicación de sus ministras, las figuras retóricas “argute”, o el LXXXV, “Quali e quanti siano i fiori e gli scherzi poetici in cui sommamente risplende lo ’ngegno de l’artificio umano”, pero parece que los académicos eran mucho más partidarios de los clásicos, como vemos en el problema LXXXI, “Quale sia di maggior preggio e più propria della poesia, l’invenzione o l’imitazione”, en el que la imitación se contempla como “maestra delle scienze e della verità delle cose e madre del vero e sommo diletto”. Creo que sería interesante analizar las teorías poéticas que aparecen en las *Rimas* a la luz de estos problemas académicos.

Como indiqué al principio, la historia y la Antigüedad son los temas que unen a los eruditos italianos y españoles, lectores y autores de textos latinos y que usan con frecuencia citas en griego. Son adoradores de Virgilio y de Séneca. Esta tradición erudita se unía a la de autores italianos como Dante, Petrarca, los neoplatónicos y, sobre todo, Tasso. Durante los años de Lemos se silencian casi por completo formas y poetas más recientes.

²² M. DI GREGORIO, *Sogno di F. Maurizio, accademico ozioso al Rosario di 550 poeti oer ordine delle muse*, Nápoles, G. G. Carlino, 1614.

²³ Francesco DI PIETRI, *Problemi accademici*, Nápoles, F. Servio, 1642.

No sabemos demasiado, por la pérdida de los diarios, sobre las intervenciones de los Argensola en la Academia. Sí que en una de las sesiones Lupercio fue el encargado de hacer un discurso sobre la poesía de Virgilio, ignoramos si en latín o en castellano, que también se ha perdido. Tal vez se refiera a él un texto conservado en un manuscrito napolitano en el que un académico ocioso habla del “discurso precedente” sobre los últimos versos del libro cuarto de las *Geórgicas*.²⁴

Y tal vez también las traducciones de Horacio o de los Salmos que aparecen en el último de sus manuscritos comprados por la Biblioteca Nacional de España²⁵ sean tareas de la Academia, al igual que algunas de las de Bartolomé, pues nada sabemos de la actividad de este último en las labores académicas, salvo el importantísimo cometido de seleccionar en palacio los poemas que se debían leer y comentar en las sesiones y que habían llegado allí de forma anónima.

Nos consta que Lupercio tenía por empresa un libro y una aljaba de flechas con el mote “Utatque”, y, sobre el libro, una pluma volante. La que Bartolomé usó en Italia era una empresa con una corona real y, entretejida en ella, una de espinas, con el mote “O sertum di lectionis mesi siligis pariter et orna”.

De acuerdo con las hagiografías de Virgilio, el poeta que en punto de muerte pidió que se quemaran sus escritos, Lupercio destruyó los suyos, y no vemos en sus *Rimas* rastro de su labor poética en Nápoles. Como escribió Bartolomé a don Fernando de Ávila, “Abrasó sus poéticos escritos / nuestro Lupercio y defraudó el deseo / universal de ingenios exquisitos”.²⁶

Lupercio murió tras una corta enfermedad el 2 de marzo de 1613. En la Diputación de Zaragoza se conservan las cartas en las que el virrey, Bartolomé y Gabriel dan a los diutados la noticia de su muerte.

En los estatutos de la Academia de los Ociosos estaba la obligación de los académicos de hacer solemnes exequias a la muerte de sus compañeros. Se intentó que en estos funerales no participasen con sus poesías y sus empresas solamente los académicos ociosos, sino que el ocioso Zazzera pidió que lo hiciesen también los miembros

²⁴ Biblioteca Nazionale di Napoli, ms. XIII, B 77.

²⁵ Biblioteca Nacional de España, ms. 22 693.

²⁶ *Rimas de Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola*, ed. de José Manuel Blecua, 2 vols., Zaragoza, IFC, 1950-1951, vol. II, p. 394, vv. 130-132.

de la guariniana Accademia degli Umoristi, o que, por lo menos, colaborasen en un libro que se publicaría con el título de *Tempio* y que recogería, entre otros, los poemas que adornarían el lugar del funeral. Estos académicos no pudieron participar en las honras fúnebres porque estaban trabajando en preparar las de Guarino,²⁷ y no sabemos si lo hicieron en el proyectado *Tempio*, porque, si se editó, no se conserva ningún ejemplar, y la noticia de las solemnísimas exequias de Lupercio, que se celebraron el 29 de marzo, nos ha llegado a través de la copia de la relación recogida por Andrés de Uztarroz, donde aparece incluso el discurso funeral hecho por De Paoli.²⁸ Conocemos, sin embargo, el soneto que Zazzera había preparado para el frontispicio de este *Tempio*.²⁹

Lo curioso es que, en la relación de las exequias de Lupercio, Bartolomé no aparece como miembro de la Academia de los Ociosos, sino como invitado. Tal vez Bartolomé no se incorporó a ella hasta después de la muerte de su hermano.

La relación de los Argensola con los intelectuales napolitanos se remontaba a años antes de su llegada, pues el conde de Lemos había enviado las tragedias de Lupercio a Italia y parece que fue maestro de teatro trágico para algunos ociosos. Ramignani, en *La divisa fanciulla*, homenajea a Lupercio e indica que le ha inspirado su concepto del género trágico, al sostener el valor de la tragedia cruenta y áulica, de modelo senequista,³⁰ y lo mismo ocurre con Gaetani, que se declara su discípulo en *La schiava*. A Bartolomé igualmente se le conocía y apreciaba en Nápoles antes de su llegada, pues el conde también había enviado sus sátiras a sus amigos escritores, quienes respondieron con algunas objeciones, a las que contestó (como ya se analiza en otros estudios de este volumen).

Llama la atención que los hermanos Argensola no se encuentren en la mayoría de los elencos conservados de académicos y que su nombre no aparezca en las poesías o emblemas publicados. Sin embargo, a través de los libros y las epístolas de los otros ociosos podemos, por lo menos, comprobar la altísima consideración en que tenían sus

²⁷ Correspondencia entre Zazzera y Bernardo Api, Archivio del Monte Manso di Scala di Napoli, Fondo Antico, cartella 184, fasc. I, sez. IV.

²⁸ Juan Francisco ANDRÉS DE UZTARROZ, ms. cit., ff. 58r-68v.

²⁹ All'immortal memoria, al nome eterno, / a la virtù sol di se stessa uguale, / convien ch'eterno un *Tempio* e immortale / sorga talor che prenda il Tempo a schermo. / Come emolo a le stelle, ecco lo scerno / Torreggiante, superbo, alto, che sale / n'ingombra il Mondo e preme anco il fatale / suolo Ombre potenti, orrido Inferno. / Schiera di Cigni e voi, figli di Marte, / l'ergos sacrando e tra famosi e chiari / fabri di si grand'opero han si gran parte. / Tolga Menfi i suoi tempi e falsi altari, / l'ammiri il mondo, e da le sacre carte / meravigliar la meraviglia impari.

³⁰ *La divisa fanciolla*, Nápoles, G. G. Carlino, 1614. Cit. por Girolamo DE MIRANDA, óp. cit.

personas y sus obras. Y, por supuesto, esta comprobación se hace patente especialmente en todos los poemas, empresas y epitafios que se crearon para las citadas exequias de Lupercio.

Ya en el elogio que Capaccio escribió a la llegada del conde, el autor confiesa la ayuda de Lupercio Leonardo: “Ex Iberis fluminis unda, conscio salis occidentis oceano”.³¹

Giovan Battista Della Porta dedicó a Lupercio una de las traducciones al italiano de su *Magia naturale*,³² y a Bartolomé, la traducción de su *Celeste fisonomia*, donde el editor Salvatore Scarano, entre otras desmesuradas alabanzas, dice:

ho atteso l’opportunità di poterle donar cosa proportionata al suo merito perchè essendo ella quasi un Cielo doue si come ardentissime stelle tante virtù risplendeno, & essendo celesti i suoi costumi, la bontà, e ’l ragionar celeste, non ho giudicato poterle altro donare di più degno quanto questa *Celeste Fisonomia*.³³

En este volumen se recoge también un poema dedicado de Giulio Cesare Cortese, que seguirá apareciendo en todas las ediciones, incluso cuando la obra tenga otra dedicatoria. Se trata de “Muse non d’Elicona”, donde se dice: “più bel ostro si prenda / el rettor de le Muse adorno renda [...]. Lo splendor de l’Ibero / d’eccelsi honori il tuo bel crin circonda”.³⁴

En el manuscrito de las cartas de Giulio Cesare Capaccio está su correspondencia con el joven latinista Zizza y con los Argensola sobre el valor de las letras clásicas. A todos les unía el gusto por la historia y por Tito Livio. Dice así a Bartolomé Leonardo:

Obviam, protritam, notamque rem, dubiam efficimus. Promiscum Linguam latina fuisse, cu verendum? Nec quae ex Oratorijs Ciceronis libri didicimus, nec quae ex aliquot Agellij locis innotuere, nec tandem quae tot Auctores elucubrate congesserunt vera sunt.³⁵

³¹ *In adventu illustriss. et excellentiss. D. Petri Ferdinandi e Castro*, Nápoles, G. Carlino e C. Vitale, 1610.

³² En la edición de 1611, pues en el resto de las ediciones ha desaparecido esta dedicatoria.

³³ *Della celeste fisonomia, di Gio. Battista Della Porta, napoletano. Libri sei. Al Molto Illustre & Reverendo Signore il signor d. Bartolomeo Leonardo d’Argensola, Rettor di Villahermosa, Cantor della Cathedral di Lucera, e Capellano di Sua Maestà*, Nápoles, L. Scoriggio, 1614.

³⁴ *Ibidem*, p. 4, vv. 10-11 y 14-15.

³⁵ Giulio Cesare CAPACCIO, *Neapolitanae urbi a secretis Academici Tranquilli Epistolarum liber primus*, Nápoles, G. G. Carlino, 1615, pp. 30-32, 130-131, p. 30. Para la correspondencia con Zizza y los Argensola, Biblioteca Nazionale di Napoli, ms. xv, B 33.

Los alaba asimismo en varias de sus obras.³⁶ También Giovan Battista Basile les dedicó algunas odas,³⁷ y Gabriel de Barrionuevo, en el hiperbólico panegírico al virrey, dirigió unas líneas a los hermanos:

Tam elegans liberalium studiorii omnisque doctrinae et auctor et admirator, ut Leonardos ab Argensola frates praecellentes ingenio viros domi tecum habuens.³⁸

En el citado libro de D'Alessandro leemos: "Praesul & insignis Leonardus Principis arca". Y también:

Tu quoque, gemmatis tabulis, Leonarde Luperci,
maxime vir, gremio ut mater quem sedula sovit
natura alma parens, rerum secreta recludens
omnia, quae penitus tenebris occulta iacebant.³⁹

Además de escoger poemas para la Academia, es seguro que Bartolomé, tal vez con ayuda de su hermano, participó en la organización y selección de textos para los espectáculos y publicaciones emanados de palacio. Durante el virreinato de Lemos fueron continuas las fiestas y conmemoraciones por los más diversos motivos, y de muchas de ellas conservamos la relación. La descripción de estas fiestas es tan extensa que daría lugar a otro estudio, de modo que solo las citaré en lo que parece que atañe a los Leonardo.

La primera fiesta es el solemne ingreso del conde, en cuya relación ya hemos visto que participó Lupercio. Luego, el nacimiento del infante. Pero las más importantes de 1612 son las exequias de la reina Margarita y, poco después, las fiestas de esponsales entre España y Francia, una de las cuales fue un magnífico torneo organizado por el conde de Villamediana. Fiestas también a la llegada de grandes señores, como el príncipe Filiberto de Saboya o los cardenales Aldobrandini y Caraffa. Fiestas en las inauguraciones de sus obras públicas, como la Universidad y, sobre todo, fiestas religiosas. El conde donaba muchísimo dinero para la celebración del Corpus

³⁶ Así en *Il forastiero*. Cito por la edición de Luca Torre, 3 vols., Nápoles, Luca Torre, 1989.

³⁷ Giovan Battista BASILE, óp., cit., pp. 18-20, 24-26, 41-43 y 60-62.

³⁸ Gabriel de BARRIONUEVO, *Panegyricus*, Nápoles, F. Longo, 1616.

³⁹ Giovanni Pietro D'ALESSANDRO, óp., cit., pp. 31 y 52.

Christi y otras festividades religiosas, y la ciudad de Nápoles organizó en su honor la fiesta de San Juan Bautista de ese año para mostrar su agradecimiento por las actividades del virrey.⁴⁰

Aunque sabemos que los Argensola participaron activamente en la creación de las empresas que, en grandísimo número, jalonaban todas las fiestas, desconocemos cuáles de ellas se debieron a su mano, pues muchas (indudablemente también las suyas) aparecen como anónimas en las relaciones. Solo podemos sospechar su intervención directa en aquellas en las que asoma de alguna manera Aragón. Así, en la fiesta por los compromisos matrimoniales entre España y Francia, en una de las plazas por las que pasa el cortejo hay cuatro estatuas. Una de ellas representa a Himeneo, que dialoga con un viandante y dice, entre otras cosas: “Non gades Ebrumquae aut Pyrenaeos sed solem veloci cursu and cuncta fere orbis loca vel quae in medicertaneis iacent”.⁴¹ Y en el caso de Bartolomé, en la selección de textos de Marcial.

También debieron de ayudar a redactar las lápidas conmemorativas que cubrieron todo Nápoles y que señalaban las obras públicas del conde, de las que hoy en día puede encontrarse todavía un gran número.

Las exequias de Margarita de Austria no se celebraron hasta febrero del año siguiente al de su muerte, porque Lemos había decidido hacer una ceremonia

⁴⁰ TOMASO COSTO y GIUSEPPE MORMILE, *Memoriale delle cose più notabili accadute nel regno di Napoli dall'incarnazione di Christo [...]*, Nápoles, S. Bonino, 1639. En este texto se relacionan las celebraciones más importantes: la de su llegada, las exequias de la reina Margarita, las numerosas fiestas por la unión de las coronas española y francesa, las hechas en honor de Filiberto de Saboya y de los cardenales Aldobrandini y Caraffa, la inauguración de la nueva universidad y distintas cabalgatas (pp. 86 y ss.). Se conservan varias relaciones de estas fiestas: Juan de VALCÁZAR, *Relación de las exequias que se celebraron en Nápoles en la muerte de la Serenísima Reyna Margarita, Señora nuestra*, Nápoles, T. Longo, 1612; Ottavio CAPUTI, *Exequie della Serma. Regina Margherita d'Austria*, Napoli, T. Longo, 1612; Pomposa *allegrezza fatta in Napoli per le reali nozze tra i Sereniss. Filippo d'Austria / con Cristina di Borbone e Ludovico XIII Re di Francia con Anna d'Austria, ordinata dall'Exxelenza di Don Pietro di Castro*, Nápoles, T. Longo, 1616 [sic]; Francesco VALENTINI, *Descrittione del sontuoso torneo fatto della fidelissima città di Napoli l'anno MDCXII con la relatione di molte altre feste per allegrezza delli regij accasamenti seguiti fra le potentissime corone di Spagna e Francia*, Nápoles, G. G. Carlino, 1612; *Breve relatione della pompa e delle cose che occorsero nella festività del Beato Ludovico Bertrando, celebrata nella regale chiesa di San Domenico di Napoli l'ultima domenica d'aprile dell'anno 1613*, Nápoles, G. G. Carlino, 1613; *Relatione dell'apparato fatto dal popolo napolitano nella festività del glorioso San Gio. Battista, all'Excellenze de Don Pietro di Castro e Donna Caterina Sandoval nell'anno 1614, del felicissimo lor gouerno del regno di Napoli*, Nápoles, G. G. Carlino, 1614.

⁴¹ En Pomposa *allegrezza*, cit.

solemnísima. Encargó la organización a un napolitano, Marcio Colonna, duque de Zagari y caballero del Toison, y los ociosos tuvieron una participación muy importante.

En el manuscrito perdido del archivo (nº 1269) se comentaba que para las exequias el conde pidió que las composiciones ociosas se enviaran a palacio anónimas, cerradas y selladas. Bartolomé fue el encargado de hacer la selección de las que figurarían en el templo. Él mismo, como sabemos, escribió una elegía de la que conocemos dos versiones,⁴² pero este poema no se publicó. De las exequias se escribieron dos relaciones: una en italiano, redactada por el ocioso Ottavio Caputi, y otra en español, por Juan de Valcázar, capellán de los virreyes.⁴³ En el manuscrito de la versión italiana, que se conserva en Toronto, aparecen tres composiciones del ocioso Zizza, ya citado, dedicadas a la alabanza de Bartolomé, en donde señala que él era el encargado de coordinar la publicación y de seleccionar las poesías que iban a ir en ella.⁴⁴

Pero cuando se edita el texto no solo no aparece la composición de Bartolomé, sino que este no selecciona para su publicación estos tres poemas que le había dedicado Zizza. Es la demostración más evidente de que Bartolomé no buscaba su fama pública sino que, por el contrario, se esforzaba en ser conocido y apreciado únicamente por sus colegas.

Sabemos, sin embargo, que alguna de las poesías de Bartolomé se escribieron en Nápoles. Además de la elegía citada a la muerte de la reina Margarita (“Con feliz parto puso al heredero”), hay unos tercetos al gobierno de don Pedro de Castro (“Calle sus triunfos la romana historia”), unos tercetos al reloj que tenía (“Oh tú en cuya cerviz la fuerza estriba”), a la limosna que su esposa, doña Catalina de la Cerda hizo para la capilla de san Genaro (“Hoy, gran señora, hasta la impyrea esfera”), la epístola a Fernando de Soria Galvarro (“Yo quiero, mi Fernando, obedecerte”) y, quizás, el soneto sobre la virtud de la paciencia (“Ya he visto, sabio Andrade, por la gloria”), los sonetos “Mario es aquel que del Minturno lago”, “Ya, Opicio, a los acuerdos consulares” y “Ya, Mercurio, no es bien que yo te siga” o la sátira “¿Estos consejos das, Euterpe mía?”.⁴⁵ No es mi tarea analizar estas poesías, pero quiero

⁴² En *Rimas*, ed. cit., II, pp. 332 y 580.

⁴³ Vid. nota 40.

⁴⁴ Ms. 5541 de la Thomas Fisher Rare Book Library de Toronto. Los poemas dedicados a Bartolomé, en ff. 106r, 80r y 101r. Cit. por Girolamo DE MIRANDA, óp. cit.

⁴⁵ *Rimas*, ed. cit., pp. 420, 357, 418, 359, 423, 229, 242, 241 y 86 respectivamente.

señalar que en los dedicados al conde de Lemos se compara su gloria con el Imperio romano, aunque prevalece el concepto de la edad de oro de la paz. El conde aparece volcado al bien común, como el jefe del tiempo y del espacio, y rige los elementos benéficos para los hombres.

Pero, en el otro extremo de estas actividades serias y eruditas, en Italia Bartolomé perdía, en ocasiones, la legendaria y proverbial severidad que mostraba en España para convertirse en otro de esos poetas jocosos y repentistas. Hay dos episodios que, aunque son muy conocidos, no resisto la tentación de recordar. El primero nos lo ofrece Duque de Estrada en sus *Comentarios*, al hablarnos de su participación en la Academia de los Ociosos. Antes que nada tengo que rebatir que este episodio sucediera en la Academia. Ya he señalado en qué consistían las sesiones. Sin duda tuvo lugar en palacio, y debió de ser una de las numerosísimas veladas con que el virrey reposaba de sus tareas de gobierno y para las que precisamente había llevado a los poetas jocosos.

Duque comenta que intervino en una comedia “de repente” sobre la bajada de Orfeo a los infiernos en busca de Eurídice. Dos capitanes “de buen ingenio y ridículos” hacían a Orfeo y a Eurídice, y “El rector de Villahermosa, hombre graciosísimo, viejo y sin dientes, a Proserpina; el secretario Antonio de Laredo, a Plutón”. Y, más adelante,

Empezase la comedia y asistían Virrey y Virreina, con muchas damas encubiertas, permitiéndose, como era de repente, si se decía alguna palabra sucia o no muy honesta, si lo había menester el consonante del verso. Salió el rector, que, como clérigo, andaba rapado, vestido de dueña, y habiendo en esto entrado una dueña muy gorda, como era de noche, pensando que era ella, fue tal la risa que apenas se podía empezar la comedia, la cual empezó el rector diciendo: “Yo soy la Proserpina; esta, la morada / del horrible rabioso cancerbero, / que me quiere morder por el trasero”.

Laredo, refiriéndose a la gordura de Bartolomé, respondió:

“Bien hay en qué morder; no importa nada”. Y a este tono se fueron siguiendo disparates tan graciosos que aun los que lo representaban no lo podían hacer de risa.⁴⁶

⁴⁶ Diego DUQUE DE ESTRADA, *Comentarios del desengaño de sí mismo*. Cito por la ed. de Henry Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1983, pp. 193-194.

El otro episodio nos presenta a Bartolomé en mayo de 1615, invitado por el embajador Francisco de Castro a Roma, donde tendría una entrevista con el papa, a quien besó el pie.⁴⁷

Desembarcó en el puerto de Ostia, y allí dio aviso de su llegada al embajador. Este le envió una litera con un grupo de amigos, entre ellos Fernando de Soria, quienes le dieron a entender que había sido nombrado canónigo de Zaragoza, un puesto que ambicionaba pero que no podía tener hasta que se produjera la vacante de un canónigo que estaba enfermo. Le entregaron este poema de don Francisco de Castro:

Siste el grado, caminante,
 porque derrienga esta losa
 al Rector de Villahermosa,
 ancho de tripa y semblante.
 De Zaragoza un instante
 fue canónigo, y más fuera
 si caminara en litera;
 mas del agua se fió
 y el Tibre lo zabulló
 por dar nombre a su ribera.

Esto lo decía por lo que había tardado en llegar con las galeras de Sicilia. A esta décima Bartolomé contestó con otra de repente:

No repares, caminante,
 en lo que dice esta losa,
 que el Rector de Villahermosa
 navega el Tibre adelante.
 Dale tú que la vacante
 le salga tan verdadera
 como él andará en litera.
 Mas pienso que no vacó,
 que no muere nadie, no,
 cuando conviene que muera.⁴⁸

⁴⁷ El papa, que lo recibió en su palacio, le dijo: “Questo del canonicato non è niente per quello che V. S. merita, che io sto informato benissimo di sua qualità e ingegno e non mancheranno occasioni in che poterla impegnare meglio”. Juan Francisco ANDRÉS DE UZTARROZ, ms. cit., f. 105.

⁴⁸ *Ibidem*, f. 104.

En los años cuarenta, ya muerto Bartolomé, su sobrino nieto Miguel Leonardo todavía recordaba estos dos últimos versos en una carta a Uztarroz.⁴⁹

Es indudable que la presencia de los dos hermanos junto al virrey presenta claros oscuros y que tuvieron grandes beneficios económicos. En el Archivo napolitano existían los datos de los emolumentos de ambos, como recogió Otis H. Green.⁵⁰ El sueldo de Lupercio era de 1500 ducados, y el de Bartolomé, de 1000. A Bartolomé la amistad con los Lemos le reportó muchos cargos y grandes beneficios económicos. Ya antes del nombramiento napolitano, el conde le encargó el libro sobre la *Conquista de las islas Malucas*, y en el Archivo de Indias de Sevilla se conserva el documento por el que Lemos mandó pagar a Bartolomé la cantidad de 8000 ducados (tan exorbitante que pienso que está equivocada y fueron 800, cantidad también importantísima) para la publicación de esta obra, y otro de poco después por el que se le concedió un suplemento de 100.⁵¹

En la misma carta en que daba la noticia de la muerte de Lupercio y su pésame a los diputados del Reino de Aragón, don Pedro solicitaba el puesto de cronista para Bartolomé. Tal vez el que viviera fuera de España o la mala experiencia con los papeles de Lupercio fueron los motivos de que no se le otorgara a él sino a su amigo Bartolomé Llorente. Sin embargo, a la muerte de este la insistencia del virrey dio sus frutos y se concedió el cargo a Argensola el 3 de junio de 1615, aunque con la condición de que firmara antes de tres meses por sí o sus representantes (de hecho, en agosto firmaron en su nombre su cuñado e Idiáquez) y que volviera a España. No regresó inmediatamente, sino que consiguió una prórroga y permaneció en Nápoles hasta la vuelta del conde, un año más tarde.

Los Castro también consiguieron para Bartolomé el puesto de capellán del infante don Fernando y el de cantor de la catedral de Lucera y, como hemos visto, lograron que el papa le concediera el canonicato de la Metropolitana de Zaragoza y que lo recibiera en audiencia privada.

⁴⁹ Biblioteca Nacional de España, ms. 8391, f. 498r. Había solicitado carta de diputado, pero tenía que esperar una vacante. Por eso dice a Uztarroz: “tengo en esto la desconfianza que mi tío mostró quando dixo que no muere nadie, no, quando conviene que muera. De Villaroja, abril 16 de 1651”.

⁵⁰ Art. cit., pp. 298-299. El primero, en Segreteria del Viceré, vol. 31d, ff. 41v-41r, y el segundo, en vol. 30d, f. 135. Ambos están desaparecidos.

⁵¹ Archivo de Indias, libro 33 de la Sección Indiferente, 428, h. 92r-v, Madrid, 23 de febrero 1609. El segundo, hs. 99v-100r, 6 de abril de 1609.

En 1613 don Pedro escribe a su hermano interesándose en ampliar el patrimonio del poeta y señalando algún puesto en Jaca del que nada sabemos:

No estoy menos agradecido porque cuida V. M. de las cosas del rector de Villahermosa. Es verdad que lo mejor de Aragón es Zaragoza y lo más áspero y apartado Jaca, pero en aquel Reyno hay dignidades que suplen con la renta muchas circunstancias poco agradecibles. También hago saber a V. M. que el Rector tiene naturaleza en los Reinos de Castilla para obtener trecientos ducados de renta por la Iglesia y si así se ofreciese ocasión para henchir esta facultad, sería muy a propósito valernos della y V. M. huelga de velar sobre todo lo que le conviene al Rector que por eso no le solicito de nuevo y también lo dexo de hacer porque V. M. sabe lo mucho que yo desseo su comodidad.⁵²

Pero para finalizar quiero volver al principio de este estudio, a las afirmaciones que se han hecho sobre los Argensola, especialmente sobre su intervención en esa hipotética “corte literaria”. Bartolomé, como hemos visto, no publicó ninguna poesía, ni llevaron su nombre las empresas y epigrafas que sin duda escribió. También sabemos que Lupercio no solo no publicó, sino que destruyó sus escritos. ¿Por qué tendrían que temer a otros poetas “mejores”?

Yo creo que cuando don Pedro Fernández de Castro fue nombrado virrey no solo tenía la intención de lograr una reforma administrativa y económica, cosa que consiguió (hasta el punto de que todavía hoy en día se considera la etapa más floreciente del Reino), sino que también pretendió crear en Nápoles un centro cultural, artístico y literario, y en esta construcción político-cultural se reservó el papel principal. Todos los actos de la política del conde en Nápoles fueron encaminados, por una parte, a marcar su cercanía al monarca español, pero, por otra, a elevar su honra y su gloria personal y a ganarse el favor y el afecto de los napolitanos, para que lo vieran como un benefactor. Hay que tener en cuenta que en los últimos estudios sobre la figura del conde se adelanta la hipótesis de que los Castro pretendieron crear en Nápoles una especie de virreinato hereditario.⁵³

En el mundo del arte y la cultura, terminó el Palacio Real, fundó una universidad, la iglesia de Santiago de los Españoles, la Congregación del Santísimo Sacramento y

⁵² Archivo Histórico Nacional, Sección Estado, libro 162 (correspondencia de Lemos con su hermano y con Andrade).

⁵³ Morgane KAPPÈS, *óp. cit.*

la banca del mismo nombre. Sembró Nápoles de lápidas conmemorativas, de las que quedan todavía diecinueve. Pero no confió su gloria solo a proyectos artísticos. Se fiaba mucho más de la pervivencia de la palabra. Dio impulso a la imprenta, que en los años del conde floreció bajo su mecenazgo con textos en latín, italiano y castellano,⁵⁴ y, sobre todo, pretendió dar relevancia a los hombres de letras napolitanos, de los que fue un mecenas generosísimo, y conciliar a los intelectuales de las dos comunidades en lo que le pareció que podía ser un interés común: el estudio de la historia y de los clásicos y la creación de poesía latina. Y en esta conciliación había reservado un papel importantísimo a sus amigos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, nuestros “dos luceros, dos soles de poesía”.

⁵⁴ Encarnación SÁNCHEZ GARCÍA, *óp. cit.*